

Los  
**EXtRaTERReSTRÉS**  
están ahí fuera

Susann Opel-Götz



Traducción del alemán de  
Begoña Llovet

**S**iruela

Las Tres Edades

# Índice

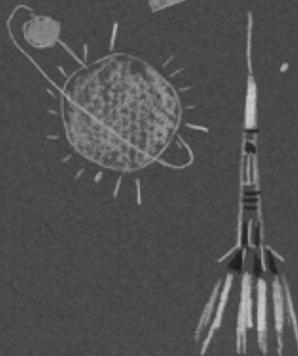
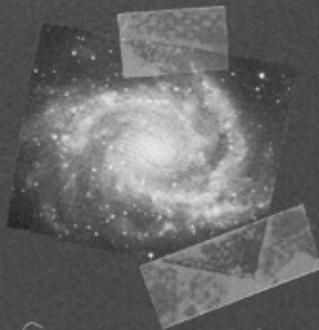
<b>Introducción: El encuentro</b>	13
No hay dos sin tres	15
Más vale pájaro en mano que ciento volando	26
Las penas compartidas son menos	43
<b>La alimentación del terrícola</b>	59
La pluma es más fuerte que la espada	61
Sobre gustos no hay nada escrito	75
<b>Entorno y familia del terrícola</b>	93
Perro ladrador, poco mordedor	95
La palabra es plata y el silencio es oro	109
Se habla del diablo y aparecen los cuernos	121
<b>El lenguaje del terrícola</b>	137
La necesidad aguza el ingenio	139

<b>Vacaciones de verano y Navidades</b>	151
¡Te pongo el mundo a tus pies!	153
Los pequeños regalos mantienen viva la amistad	163
<b>Los enemigos del terrícola</b>	181
La verdad necesita un valiente que la diga	183
Ojos que no ven, corazón que no siente	198
<b>Los amigos del terrícola</b>	219
Los sabios no caen del cielo	221
A veces la suerte necesita un poco de ayuda	232
Fin	245



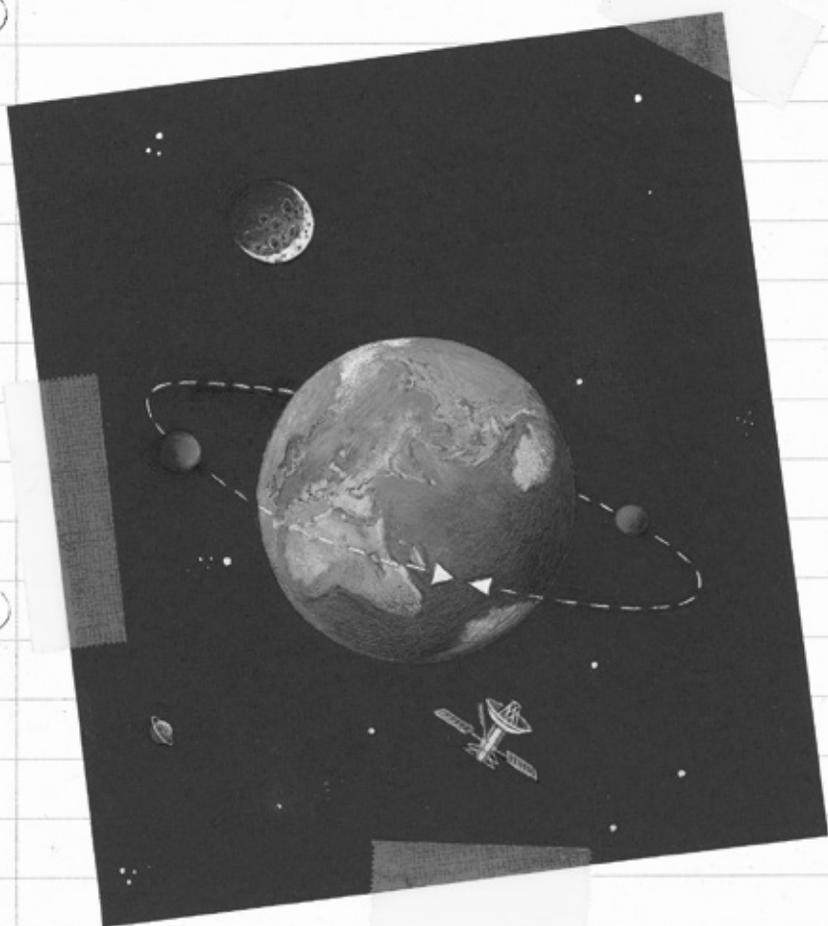
# EL TERRÍCOLA

Un informe  
de investigación  
de  
Jona Klinger



# Introducción

## El encuentro





En realidad me llamo Jonathan, pero eso ahora no viene al caso porque de todas maneras la gente importante me llama simplemente Jona. Y antes de nada quisiera dejar bien claro que no me falta un tornillo, por si acaso alguien tuviera dudas al respecto. Que uno se interese por la investigación sobre los extraterrestres no quiere decir ni mucho menos que esté chiflado.

Desde que sé leer he devorado toneladas de libros en los que la gente cuenta sus encuentros con extraterrestres. Y nunca tuve la menor duda de que algún día yo también me encontraría con uno, solo lo tenía más claro que el agua. Así que estuve esperando que sucediera durante días, semanas, meses y años.

Si alguien de mi familia me hubiera preguntado «Jona, dime una cosa, ¿crees que algún día te sucederá algo absolutamente alucinante en tu vida?», no me lo hubiera tenido que pensar ni una millonésima de segundo.

«No es que lo crea, es que lo sé», habría respondido.

«Encontraré a un extraterrestre. ¡Segurísimo! ¡Quizá mañana mismo!».

Y entonces también habría podido explicar por qué lo creía.

Pero nadie me preguntó. Ni mis padres ni Ovillo, por no hablar de Lollo.

Ovillo es mi hermano pequeño. Tiene cuatro años y medio. Mi hermana mayor se llama Lollo y tiene quince años y medio. En realidad se llama Charlotte, pero según ella Lollo suena más sexi. Ovillo también se llama de otra manera, pero eso lo contaré más tarde.

Los quince años y medio de Lollo más los cuatro años y medio de Ovillo hacen en total veinte. La mitad de veinte es exactamente diez y esos son justamente los años que cumpliré la semana que viene. No tengo ni idea de cómo pudieron conseguirlo mis padres, y, con toda sinceridad, tampoco quiero saberlo.

—¿Qué, Jonathan? —me dijo la señora Messerle cuando Ovillo acababa de nacer—. Ahora eres un hermano pequeño y un hermano mayor. ¿No te parece bonito?

La señora Messerle es una vecina que vive tres casas más allá y es un periódico ambulante, como dice siempre mi padre. Con eso quiere decir que es una cotilla de mucho cuidado.

Nada más llegar mamá del hospital, la señora Messerle se presentó en casa para inspeccionar al bebé. Acercó su enorme cara de acelga a la cuna y Ovillo se puso a gritar como un poseso porque sufrió un trauma infantil al ver la papada y los carrillos colgantes de la señora Messerle.

—Igualito al papá, señora Klinger. ¡Es igualito que su padre!

Me giré para ver dónde estaba la señora Klinger, pero entonces me di cuenta de que mi mamá se llamaba así. Le dedicó una sonrisa a Messerle y yo pensé que tal vez ella también había sufrido una conmoción, un trauma posparto o algo así, porque soportaba aquella impertinencia. ¡Lo

que quiero decir es que mi padre es un hombre grande con dientes, pelos y una nariz de considerables dimensiones! ¡No se parece nada en absoluto a ese bebé orco que estaba en la cuna, ni en lo más mínimo!

Entonces la señora Messerle miró hacia mí esbozando una sonrisa con su boca de renacuajo y le susurró al oído a mamá:

—Los hijos medianos son niños sándwich. No lo tienen muy fácil en la vida.

Mi cerebro registró inmediatamente la expresión «niño sándwich». En aquel entonces yo solo tenía cinco años y medio, pero ya sabía lo que era un sándwich: un emparedado de fiambre y lechuga.

—¿Y qué? Estarás muy orgulloso de tener un hermanito tan mono, ¿verdad? —me dijo entonces la señora Messerle.

Yo me encogí de hombros, salí corriendo al jardín y me senté en el columpio. Mis pensamientos giraban alrededor de la palabra «sándwich» como tiburones alrededor de un arenque con hemorragia nasal. Me quedé mirando fijamente el desgastado césped que se extendía a mis pies y sobre el que el cálido sol vespertino proyectaba mi sombra. No era una sombra grande ni chula. Pero tampoco era una sombra diminuta y graciosa con una naricilla respingona que hiciera exclamar a la gente «¡Oh, qué mono!». Lo que se extendía en el césped ante mí era la sombra de un sándwich. Una sombra estúpida e insignificante.

Para no tener que seguir viéndola apreté los párpados con todas mis fuerzas y enseguida se puso en marcha mi cine interior. Y es que tengo un cine en mi cabeza que está continuamente encendiéndose y apagándose. A veces resulta muy útil, a veces no tanto. ¿Tendrá todo el mundo un cine interior como el mío? Yo creo que el mío está situado exactamente entre mis ojos, en el interior de mi cabeza. La pantalla está cubierta por una funda protectora impermeable, porque ahí dentro hay mucha humedad,

como es lógico. Por eso las imágenes siempre aparecen un poco borrosas pero el sonido es mejor que el del nuevo cine de la estación.

Mi cine secreto puede proyectar las películas más alucinantes y la mayoría de las veces el protagonista soy yo. Entonces tengo unos músculos como los de Ulf Bländer, el propietario del gimnasio que está junto al túnel de lavado de coches del polígono industrial, y nadie me puede tocar ni un pelo. ¡NADIE!

Tengo bastantes películas de acción en el almacén, algunas de terror, y por supuesto pelis de fantasía y ciencia ficción de las mejores.

A veces mi cine también proyecta películas tristes. Cuando hace tres años la abuela murió, la vi en mi pantalla. Estaba completamente sola en el cielo, sentada sobre una nube llorando porque el abuelo se había quedado abajo en la Tierra y yo también.

Pero desde hace dos años el abuelo está sentado junto a ella, ven juntos el concurso de televisión *Quién quiere ser millonario*, se toman una copita de cava y no están tristes en absoluto. Una escena así se llama *Happy End*, por si a alguien le interesa.

En aquel momento, en el columpio, mi cine no estaba proyectando ninguna película con un *Happy End*. Lo que se veía era una espeluznante escena de cocina: *Mamá y papá están delante del aparador y me miran como si me vieran por primera vez. Los dos sostienen una enorme rebanada de pan entre las manos. «Jona es ahora un niño sándwich», dice papá, y mamá me pega por detrás la primera rebanada. El pan me cubre desde la nuca hasta los pies. La mantequilla me pringa las posaderas e intento... ¡PLAF! Mi padre me acaba de pegar la segunda rebanada de pan con mantequilla y lechuga. Los trozos de pepinillo pasan silbando junto a mis orejas. Me tengo que poner de puntillas para poder mirar por encima de la enorme hoja de lechuga, pero no puedo ver nada porque tengo los ojos llenos de mayonesa.*

Mi cine interior a veces exagera un poco, no lo puedo remediar.

Abrí los ojos porque siempre era mejor ver mi sombra que esa horrible película llena de rebanadas de pan, salté del columpio y me fui corriendo hacia la casa del señor Bullerdieck. Bullerdieck vive en nuestra calle, justo al lado de la señora Messerle, y el año pasado su cumpleaños fue redondo. Cumplió cincuenta y cinco, o sea, un montón de años.

Me puse a llamar con todas mis fuerzas a la puerta del señor Bullerdieck.

—¿Dónde es el incendio? —preguntó mientras asomaba la cabeza por el quicio de la puerta estirando el cuello como una vieja tortuga.

Pasé a su lado como una exhalación y me subí al raído sillón marrón que tiene en la cocina. El sillón de la cocina del señor Bullerdieck es para mí lo que para otras personas un refugio atómico. El mundo puede estar explotando en el exterior, pero allí me siento seguro y protegido. El aire huele a ajo, a la comida de Wagner y a la ropa recién lavada que cuelga en el tendedero junto a la calefacción.

Wagner es el gato de Bullerdieck, y por eso en realidad debería decir que el aire huele a comida de gatos, pero tampoco hay que ser tan exactos. A veces Bullerdieck habla con su gato, eso lo sé a ciencia cierta, aunque él lo niegue. Una vez lo pillé sentado en el banco del jardín con el gato, contándole algo sobre un famoso libro que se acababa de publicar. «Un ladrillo lleno de chorradas», le decía Bullerdieck a Wagner, pero por supuesto no obtuvo ninguna respuesta porque no son como Garfield y su amigo Jon, desde luego.

La señora Messerle le preguntó una vez si le había puesto ese nombre al gato por Richard Wagner, el famoso compositor. Bullerdieck entornó los ojos y después le explicó que le había puesto ese nombre a Wagner en recuerdo a un antiguo compañero de colegio llamado Ludwig Wagner:

—Ludwig siempre tenía el pelo lleno de piojos, ¿se los podía ver dando saltos sobre su cabeza! Se rascaba cada dos por tres, igualito que el gato.

La señora Messerle frunció la nariz y se largó enseguida, y yo creo que eso era justamente lo que pretendía Bullerdieck.

En la pared de la cocina del señor Bullerdieck hay un par de carteles de cine y siempre el mismo calendario. Tiene una breve frase para cada día del año. Por ejemplo, el 8 de febrero, que es el día de mi cumpleaños, se puede leer: «No hay dos sin tres». Yo por ejemplo creo que un 3 es una buena nota, sobre todo en matemáticas, pero mis padres tienen una opinión diferente sobre el tema.

¿Dónde me había quedado? Ah, sí, ya sé. Salí disparado hacia la cocina de Bullerdieck y trepé al sillón marrón. Una vez allí comencé a lloriquear y a lamentarme de que ahora era un niño sándwich y de que no tendría una vida fácil y que todo eso era solo porque mamá había tenido a ese orco arrugado que no necesitaba para nada, porque al fin y al cabo ya tenía a un hijo de verdad, o sea, yo.

—¡Yo tampoco quiero tener una segunda bicicleta! —dije mientras me restregaba los mocos por toda la cara.

El señor Bullerdieck se dirigió en silencio hacia el aparador, cortó dos rebanadas de pan con un cuchillo grande y puso una buena capa de salami en el medio.

—Dale un mordisco —me dijo mientras me ponía el bocadillo delante de las narices.

Primero lo miré a él y luego al bocadillo. Aunque tenía la nariz completamente taponada porque había estado llorando a moco tendido, el olor del salami se coló hasta mi cerebro y me recordó que también los hijos medianos pueden tener un hambre mortal. Sobre todo de salami, algo que muy pocas veces hay en mi casa.

Le pegué un mordisco como los que te da Madonna, la conejita de Lollo, cuando metes el dedo en su jaula. Solté

toda mi rabia de hijo mediano con ese mordisco. Mastiqué y sollocé y mordí y mastiqué y lloré y tragué y no paré hasta que desaparecieron en mi estómago todo el pan, el salami, las lágrimas y los mocos. Desde luego es una suerte que los mocos tengan un sabor salado, porque de otra manera no habrían pegado nada con el resto.

—¿Y qué tal? —me preguntó Bullerdieck—. ¿Qué es lo mejor de un bocadillo de salami?

—¡El salami! —contesté mientras me limpiaba la boca grasienta con la manga.

Bullerdieck asintió y sonrió.

—Y el salami está en el medio del bocadillo, Jona, ¡exactamente igual que tú!

Y tuve que sonreír igual que él, porque tenía toda la razón del mundo.

Cuando uno de mis hermanos me molesta, siempre pienso en ese salami tan rico de Bullerdieck y digo: «Eres más tonto que comer pan con pan». Seguro que esa frase la inventó un niño sándwich.

¿Cómo es que me he puesto a hablar del nacimiento de Ovillo? ¡Ah, sí! Quería hablar del tema de los alienígenas y de que nadie me preguntó sobre ello. Cuando era un renacuajo y estaba en la guardería, me creía a pies juntillas todas esas chorradas sobre los hombrecillos verdes y sus platillos volantes. Después pensé que algún día uno de esos tipos descoloridos con ojos enormes y cabeza de huevo aterrizaría con su nave en nuestro jardín. Durante meses tuve mi cámara de fotos y el viejo dictáfono de papá siempre junto a mi cama.

—¿De dónde le vendrá a este niño ese interés por los alienígenas? —le escuché preguntar a mamá, y papá respondió que sería solo una fase y que ya se me pasaría.

Pero la fase continuó y con el tiempo me he convertido en un experto en el tema.

En algún momento, mis padres se negaron a leerme libros con el título *Noticias de lejanas galaxias* o *Los alienígenas*.

*nas llegan.* Creo que a ambos les preocupaba seriamente la posibilidad de que yo no estuviese bien de la chaveta. Así que le di a Lollo todo el dinero que me habían regalado la abuela y el abuelo en Navidad para que lo hiciera ella. Así hasta que aprendí a leer. En la biblioteca municipal no queda ni un libro sobre el tema que no haya pasado por mis manos.

En uno de esos libros, un científico dice que la investigación sobre los extraterrestres aún está en pañales, como los niños recién nacidos.

«Qué frase tan buena», pensé. Los niños en pañales son precisamente los únicos que de verdad pueden aproximarse al tema. Los adultos están demasiado ocupados con su propia órbita y la mayoría de ellos, en cualquier caso, no creen en los extraterrestres. Mamá y papá, por ejemplo. Ellos no creen que exista vida fuera de la Tierra. «Pamplinas», dicen. «Pura invención». Pero en cambio creen a pies juntillas que Dios existe. Y al fin y al cabo Dios también vive en el cielo o en el universo, ¿o no? «¡Padre nuestro que estás en los cielos!», exclama siempre la señora Messerle. Y hasta ahora nadie lo ha visto, si acaso la gente que está muerta como la abuela y el abuelo. ¿Es Dios un extraterrestre? sería un magnífico tema para una redacción, pero seguro que para la mayoría de los adultos esa pregunta es un TABÚ.

No tengo ni idea de dónde procede la palabra TABÚ. Tal vez la trajera hace quinientos años un marinero tatuado de una isla misteriosa y la introdujo de contrabando en nuestro país, cosa que yo considero muy probable. La gente del puerto de Hamburgo escuchó a hurtadillas y con desconfianza aquella palabra desconocida. Uno dijo que TABÚ tal vez fuera una espantosa enfermedad, otro dijo que podría ser el nombre de una horrible bruja. Y un tercero aseguró que una vez había escuchado esa palabra en boca de un sepulturero de colmillos afilados y que

poco después habían encontrado trece cadáveres desangrados en un barco de vela. La gente empezó a tener miedo y decidió no volver a hablar sobre el TABÚ. Y así sigue siendo hoy en día.

Siempre que mamá y papá tienen miedo de historias interesantes dicen: «¡Ese tema es TABÚ!», y para cambiar de asunto preguntan por qué hay de nuevo escupitajos de pasta de dientes reseca en el lavabo. Mis padres hablaban siempre de esos temas. Y eso que ni siquiera estaban seguros al cien por cien de que los escupitajos fueran míos. Habrían podido ser perfectamente de Lollo o de Ovillo. Deberían haber realizado un análisis del ADN para estar completamente seguros.

ADN es la abreviatura de una palabra complicada y kilométrica inventada por un científico. Todas las personas tienen montones de ADN en el cuerpo, en el pelo y en la saliva, y en todas partes es el mismo. Eso lo sé por mamá, y ella no miente. En el ADN están grabadas cosas muy personales, como en el disco duro de un ordenador. Por ejemplo el número de pie que calzas y con quien estás emparentado, si se te dan bien las matemáticas o si te gusta tener recogida tu habitación o prefieres hundirte en el caos.

Un montón de cosas muy personales. Por suerte el ADN es invisible, porque son cosas de las que nadie tiene por qué enterarse. Pero en el laboratorio se puede observar el ADN con el microscopio y no quiero ni imaginarme todo lo que encontrarían en el mío.

A veces un análisis de ADN es absolutamente necesario, por ejemplo, para atrapar a los asesinos. Cuando un comisario de homicidios descubre un pelo castaño en el cuello del cadáver de una persona rubia lo envía al laboratorio, pues es muy probable que sea del asesino. Así que tan solo necesita hacerse con saliva o pelos de todos los sospechosos, lo cual es bastante asqueroso porque seguro que los sospechosos no se lavan muy a menudo ni

el pelo ni los dientes. Si la prueba de ADN de uno de los sospechosos coincide totalmente con la del pelo del escenario del crimen, el asesino es descubierto y lo meten en chirona hasta el final de sus días.

Yo hubiera estado dispuesto a someterme a una prueba de ADN para aclarar el tema del lavabo porque probablemente resultaría inocente.

Pero papá se negó a enviar los escupitajos de nuestro lavabo y algunos pelos de sus hijos al laboratorio.

—¡Eso solo se hace en el caso de asesinatos y homicidios y no para esas chorradas! —dijo.

Entonces yo me pregunto por qué todas las mañanas se altera tanto por una chorrada de esas.

Los padres deberían pensarse mucho qué preguntas les hacen a sus hijos si no quieren pasar por este mundo sin enterarse de nada. Hay dos cosas de las que mis padres todavía no se han enterado:

- En primer lugar, no han sabido nunca quién era responsable de la cochinada del baño (aunque lo preguntaban constantemente).
- En segundo lugar, no han sabido que su hijo pasaba hora tras hora esperando encontrarse con un extraterrestre (porque no me lo han preguntado).

De todos los libros sobre alienígenas hay uno que me gusta especialmente. Se titula *Willi y yo* y el autor es Erich Hämiken.

Willi se llama en realidad Wilhard. Se disfrazó de vendedor de periódicos y llamó a la puerta del señor Hämiken, pero este enseguida reconoció la verdadera naturaleza de Willi.

Y es que el señor Hämiken está completamente convencido de que los extraterrestres están entre nosotros. Han aprendido hace ya mucho tiempo a adoptar el aspecto humano y de vez en cuando vienen a la Tierra para ver cómo es la vida por aquí. «Para no llamar la atención se comportan exactamente igual que los terrícolas», es-

cribe el señor Hämiken. Se ponen nombres de humanos, comen, duermen, trabajan, van a la escuela, etc. Tan solo unas pocas personas han conseguido hasta ahora desenmascarar a alguno de ellos. Y la mayoría de la gente ni siquiera sospecha que posean poderes especiales. Willi, por ejemplo, podía doblar una barra de hierro como si se tratase de un espagueti cocido. Se convirtió en el mejor amigo de Erich Hämiken y vivía con él en su casa.

Desde que leí ese libro estuve buscando a mi extraterrestre entre la gente normal. En el supermercado o en el dentista o en las casetas de la Feria de Primavera. Y no dudé ni por un momento de que lo encontraría, porque para mí estaba más claro que el agua. Pero eso ya lo he dicho antes.